

TITULO: Leer para qué

AUTOR: Jacobo Rodríguez Barrera
Biblioteca Pública “José Revueltas” (México DF)

RESUMEN: El papel de la biblioteca como espacio de difusión de la lectura y del bibliotecario como promotor de lectura forman parte de un debate en donde quedan implícitas algunas consideraciones de orden ético. En este trabajo el autor comparte algunas reflexiones sobre el proceso que implica la toma de conciencia en el ámbito del trabajo cotidiano de los bibliotecarios y el lugar que ocupan las políticas públicas en el ámbito de la promoción de la lectura como un ejercicio vital más allá del ejercicio de descifrar signos mecánicamente.

PALABRAS CLAVES: Lectura, México, Bibliotecas y lectura, Promoción de la lectura, Lectores

Para muchos bibliotecarios siempre ha sido un reto el formar lectores asiduos a las bibliotecas, entonces ¿porqué no hay lectores en las bibliotecas? ¿Es qué han fallado los métodos de fomento a la lectura? Si hacemos un recuento de los planes para acercar los libros al público podemos ver que no hay continuidad en la operación y ejecución de los diferentes programas durante el siglo XX. Si en 1922 surge un ambicioso proyecto de fomento a la lectura que incluía la preparación de textos dedicados a los niños y a las mujeres (1), sólo quedó en proyecto pues en ese momento no había la suficiente infraestructura ni física, ni humana.

En los cuarentas se retoma el proyecto, y se le da impulso a la educación en el desarrollo nacional, se hacen ediciones de grandes tiradas de textos y colecciones dedicadas a los niños, la universidad nacional se une al esfuerzo. Así surgen la *Biblioteca del Chapulín* (ilustrada por Angelina Belof) y la biblioteca del estudiante universitario además, se revalora la educación de los adultos y se funda la Biblioteca de México que originalmente sería el Centro Bibliotecario Nacional.

Pero no hubo el avance que se esperaba aunque si hubo algunos aciertos no se avanzó como se hubiera querido.

Posteriormente en los ochentas otro proyecto más que a diferencia de los veintes y cuarentas, ya hay la infraestructura física y humana, pero ¿qué paso con la formación de lectores? Algunos funcionarios del gobierno dicen que el pueblo de México si lee, bueno si entendemos como “leer” descifrar cualquier anuncio o las revistas de “muñequitos” entonces sí lee todo el mundo y no debemos preocuparnos por la ignorancia de los individuos ni echar a andar mas proyectos de fomento a la lectura, L. Wittgenstein afirma: *“La primera palabra que uno lee es la primera palabra de la primera serie de 50 palabras que lee correctamente”*. (2).

Leer no significa sólo repetir los signos escritos, significa también interpretarlos explicarlos, darles sonidos, gozarlos, pero ¿que hacer para acercar los individuos a los libros y las bibliotecas y también a este supuesto deleite que es la lectura? Y digo supuesto porque habrá quién no este de acuerdo en decir que la lectura es un deleite, pues en la formación que nos dan en las escuelas, la lectura es puesta como una obligación o un castigo, entonces la lectura siempre la relacionaremos con algo desagradable o molesto, sin embargo habrá a quienes les guste la lectura pese a todo y necesitarán poco estímulo para aficionarse a los libros y la lectura, pero seguimos con la misma pregunta ¿Cómo acercar a los individuos que no tienen interés por la lectura y los libros? En algunas experiencias que he tenido dando talleres de lectura me he dado cuenta que el estímulo para acercar a los adolescentes a la lectura requiere de atención, prestancia, tener bastantes conocimientos de títulos y autores, pues me he encontrado con casos de que a alguien se le ocurre dar un taller de lecturas y ni siquiera sabe qué es y cómo es la lectura, con consecuencias terribles para las bibliotecas y los bibliotecarios. De ahí que no pocos usuarios se hayan formado un pésimo concepto de los bibliotecarios. Cabe mencionar que los usuarios que asisten a las bibliotecas públicas con quienes tienen contacto es generalmente con empleados medio capacitados para atender las bibliotecas, aunque hay que aclarar que también trabajan algunos con bastantes cualidades y firmes propósitos de hacer bien su trabajo... pero creo que son los menos, pues la mayoría entran a trabajar a estos lugares bajo un

sistema de clientelaje (amigos o familiares de funcionarios de gobierno) y muchas veces ni les interesa ni se identifican con lo que hacen en la biblioteca.

Con un panorama así cómo va a ser posible echar a andar un proyecto de lectura si el personal que supuestamente debe estar involucrado no le interesa ni sabe de qué se trata. Para estimular al posible lector es nuestra obligación identificar y buscar qué le gusta, encontrar la lectura adecuada con los personajes y vivencias con las que se pueda identificar el probable lector, esa es la tarea que debiera tener el bibliotecario que se interesa por su vocación y su trabajo. La lectura debe identificarse con el lector, sólo de ese modo él podrá enriquecer sus conocimientos y su vocabulario su experiencia y relación con el mundo, cito una vez más a L. Wittgenstein: *“Si empleamos, por otro lado, leer para una cierta vivencia de transición de signos o preferencias de sonidos, entonces tiene buen sentido hablar de una primera palabra que él ha leído realmente”* (3).

Entonces el lector debe identificarse con lo que lee para apropiarse de su lectura y así disfrutar la lectura, conocer y aprender de los libros, de otra forma leerá para repetir no para enriquecerse, integrar quizá el pensamiento complejo y hacer suyo lo que lee, En una ocasión que lanzamos un programa de lectura para adolescentes de educación media, varios de los jóvenes me preguntaron ¿leer para qué? Ahí está lo complejo de la respuesta, leer para aprender y aprehender lo que se lee, que es lo mas difícil pero ¿por qué es difícil entender lo que leemos? Porque la lectura como elemento vital no ha sido fundamental para los sistemas educativos en México, algunos funcionarios de gobierno dirán que mis afirmaciones son temerarias porque en los planes educativos la lectura es fundamental, bueno entonces ¿en donde están los lectores aún cuando los sistemas educativos son diseñados para ser evaluados y *ofrecer* buenos resultados? Bueno pues los resultados ahí están, de nueva cuenta con campañas gubernamentales, de mucha palabra y poca acción, debido a esta situación, ahora debemos hacernos todos el compromiso de difundir la lectura como podamos, sin esperar campañas y logotipos, claro los que estamos

comprometidos con los libros y las bibliotecas, porque se supone que tenemos la infraestructura (mueble e inmueble) y los conocimientos para hacerlo.

La lectura es fundamental para comunicarnos, la degradación del español, pienso que se debe precisamente por que la mayoría no leemos, o si leemos lo hacemos incorrectamente, algunos expertos en la difusión de la lectura han dicho que la gente lea lo que sea, pero que lea, pero ¿se trata de leer por leer? Intuyo que ahí es donde está el problema, ¿por qué? Bueno porque no se debe leer lo que sea, sino leer lo que se entienda y se quiera, porque necesitamos identificarnos con lo que leemos, de otra forma la lectura nos parece tediosa y acaba por importarnos poco si leemos o no leemos, es decir, el acto de leer se convierte en un suceso intrascendente y carente de sentido.

Si a un niño o a un adolescente que no tiene el hábito de la lectura, empezamos por darle a leer un libro, con un tema con el que no se identifique, lo más probable es que no vuelva a intentar leer, si en cambio se le estimula a que encuentre el tema o alguna lectura que le sea vital lo más seguro es que siga buscando algo similar a lo que leyó, le agradó y se identificó con esa lectura.

M. Adler, decía que *“una de las reglas primordiales para leer algo, consiste en individualizar las palabras más importantes que utiliza el autor; sin embargo, no debemos contentarnos con distinguirlas, es necesario saber cómo son usadas”* (4). Es por esta razón que no cualquiera puede ser un promotor del fomento a la lectura, aunque todos podemos sugerir libros que nos han parecido interesantes, entrañables. En algunas bibliotecas públicas hay cantidades de libros que no han sido utilizados nunca o en contadas ocasiones, porque no hay difusión de los libros ni tenemos la disposición, ni la voluntad, ni el conocimiento para hacerlo. ¿Por qué no tenemos la fuerza para hacerlo? Porque la difusión requiere de presupuesto y de conocimientos e inteligencia para difundir u ofertar lo gratuito, afortunadamente en las bibliotecas públicas estos servicios son gratuitos.

“Aun leer los grandes libros no es un fin en sí mismo; es un medio tendiente a vivir una vida humana decorosa, la vida de un hombre libre y de un ciudadano libre. Este debería ser nuestro objetivo último” (5) anotó atinadamente Adler. El niño y el adolescente deben leer para que tengan una construcción más rica de la vida y puedan así defender sus derechos y obligar a nuestros supuestos gobernantes a que “manden obedeciendo”. Las bibliotecas se deben cuidar y conservar, porque son el patrimonio de todos los pueblos y de todas las culturas, todos los que podemos debiéramos hacernos el propósito de difundir y acercar los hombres a los libros, porque después de todo lo único que salva al hombre es el uso y práctica de la razón.

1. Este proyecto impulsado por José Vasconcelos logró reunir a una generación de conocidos escritores y celebrados artistas plásticos para la edición de las ya míticas *Lecturas clásicas para niños*. Se le pidió a Gabriela Mistral que eligiera y editara las *Lecturas para mujeres*. Además, Vasconcelos eligió en buena medida la colección de clásicos que repartió por miles entre obreros y campesinos creyendo que de alguna forma podrían apropiarse de las altas plumas del repertorio universal.

2. Wittgenstein. *Investigaciones filosóficas*. p. 159

3. Wittgenstein. *Op. cit.* p. 161

4. Adler, Mortimer. *Cómo leer un libro*. p. 27

5. Adler. *Op. cit.* p. 294

OBRAS CONSULTADAS

Adler, Mortimer. *Cómo leer un libro*. México: Instituto Politécnico Nacional, 1984. 318 p.

Wittgenstein, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*. España: Critica, 1988. 547 p.

